

“El cuidado por las Instituciones de la Iglesia”
Jaime White

(Dedicación esmerada por la causa de Dios)

Juan José Andrade



Un día como hoy, 25 de julio, pero de 1918 murió George I. Butler (1834-1918), quien llegara a ser Presidente de la Conferencia General de los Adventistas del Séptimo Día en un período difícil de la historia de la iglesia adventista. Fue ministro y administrador. Su abuelo había sido un predicador bautista y gobernador de Vermont (1826-1828). Aunque la casa de los padres de George Butler había sido un centro de actividades de los primeros adventistas, hasta la edad de 22 años, George tenía inclinaciones de rebeldía, sin embargo, era recto y honesto. En 1859 se instaló en una granja cerca Waukon, Iowa, se convirtió en un diácono en la iglesia adventista local y luego un anciano. Al cabo del tiempo fue elegido presidente de la Conferencia de Iowa y se lanzó con energía en la reactivación de la iglesia local que había sufrido por la deserción y la división entre alguno de sus miembros. Dos años más tarde fue ordenado al ministerio. Fue llamado a la presidencia de la Conferencia General en 1871 y mostró un gran interés en el desarrollo de las instituciones y actividades de la organización de la iglesia. Durante su primer mandato, que se extendió desde 1871 hasta 1874, fue activo en la recaudación de fondos para establecer la primera universidad adventista del séptimo día en Battle Creek, Michigan, y en el establecimiento de la Casa Publicadora del Pacífico (Pacific Press), en California. A partir de 1881 fue durante muchos años presidente de la Asociación Publicadora Adventista, y vio el rápido avance de la obra del colportaje. Sirvió en una segunda oportunidad como presidente de la Conferencia General de 1880 a 1888. En una visita a Europa en 1884 sentó las bases para las editoriales en Basilea, Suiza; Noruega; y Grimsby, Inglaterra. El impulso que dio a la obra en Europa resultó en una notable expansión. A pesar de su voluntad de hierro y de una constitución fuerte, se vio obligado a retirarse en 1888 por un período. Compró una finca en Florida y plantó un huerto de naranjos. Debido a que su esposa fuera declarada inválida el próximo año, él se incorporó en el trabajo activo por 12 años más. Después de la muerte de su esposa, a finales de 1901, fue elegido presidente de la Conferencia de la Florida, y al año siguiente fue llamado a la presidencia de la Conferencia de la Unión del Sur y la Asociación de Publicaciones del Sur. Durante los últimos años de su vida que él no tenía ningún puesto administrativo, escribió varios artículos para revistas adventistas y predicó con ahínco.

Introducción:

Una parte fundamental de la tarea de la predicación es la consolidación. Uno no puede nada más pasársela predicando por ahí y por allá sin concretar los esfuerzos. Una de las formas de concretar los esfuerzos de la predicación es en el establecimiento de nuevas filiales, escuelas sabáticas e iglesias organizadas; también escuelas de iglesia, clínicas, sanatorios o restaurantes de cocina saludable. Algunos hacen alusión al versículo: “Echa tu pan sobre las aguas; porque después de muchos días lo hallarás” (Ecl. 11:1), en el sentido de que hay que sembrar y sembrar y que solita la planta crecerá y dará fruto. Bueno, esto es cierto en algunos casos, pero en la mayoría, se requiere una atención especial para la consolidación. Debemos reconocer que en ocasiones hemos perdido intereses, oportunidades e incluso propiedades por falta de concretar los esfuerzos realizados con anticipación.

Cuerpo:

El mundo empresarial en la actualidad hace un énfasis especial en la atención de sus clientes y en la efectividad de sus trabajadores. Hay empresas que tienen por lema: "Aquí solo la excelencia". Los empresarios modernos saben que hay muy poco espacio en la cumbre y tanto ellos como las empresas de calidad saben que si quieren mantenerse en la preferencia de sus consumidores deben ofrecer un servicio de excelencia. En este tipo de empresas y negocios de primer nivel hay muy poco espacio para un trabajo a medias, de menor calidad y sin resultados efectivos.

La pregunta que me surge es: ¿Podemos en la iglesia ofrecer un servicio de menor calidad que la excelencia? El hecho de que no es una empresa y que no nos remunera económicamente por lo que hacemos, ¿Implica que podemos hacer las cosas a medias, al "ahí se va", dejando las cosas tiradas y hacer perder recursos que con tanta dificultad han llegado a la iglesia? Creo que estarán todos de acuerdo conmigo en que no debiera ser así.

Texto bíblico de estudio

Vamos a considerar cuatro principios sobresalientes tomados de la Palabra de Dios en esta dirección. Pero antes, les pregunto: ¿Creen que hay alguna diferencia entre una persona que es EFICIENTE y otra EFECTIVA?

A manera de definición diremos que una persona eficiente es aquella que hace bien las cosas. Sabe hacer bien lo que se le encarga. Pero una persona efectiva está un paso más allá. Es aquella que además de hacer bien las cosas, lo hace en el menor tiempo requerido y con los recursos disponibles. El eficiente para hacer bien las cosas necesitan que se le provea de los recursos y en ocasiones si no los tiene pues no podrá lograr lo que se le encargó. Pero la persona efectiva logra los resultados esperados aún con el mínimo de los recursos y en un tiempo relativamente corto.

1.- El cumplimiento de la misión requiere que seamos efectivos. Eclesiastés 9:10 dice "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, a donde vas, no hay obra ni trabajo ni ciencia ni sabiduría". En otras palabras, lo que Salomón nos está diciendo es que todo lo que queramos hacer o se nos haya encargado hacer, que lo hagamos con todas nuestras fuerzas y bien hecho. Poniendo el mejor de los entusiasmos y dedicación para lograr lo que se espera.

Jesús fue una persona efectiva. Logró lo que se propuso. La Biblia dice que "Vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Luc. 19:10) y lo logró. Participar en el cumplimiento de la misión no es solo invertir tiempo y estar ocupado en eso sino concretar resultados por la gracia de Dios. Uno se la puede pasar todo el día yendo de un lado para otro, ocupado en la misión, pero sin lograr nada. Ser efectivos significa que logremos resultados, tal y como lo describe el Salmo 1:1 "Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace prosperará." Si fuéramos más determinados, organizados y efectivos seguramente habría más iglesias, más instituciones educativas y de salud; más lugares en donde las personas tuvieran la oportunidad de encontrarse con el Señor.

2.- La dedicación esmerada por la causa de Dios requiere la disposición para mejorar nuestros métodos y formas de trabajar. "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado como obrero que no tiene de qué avergonzarse..." (2ª. Tim.2:15). La causa de Dios y sus instituciones requieren dedicación, diligencia y excelencia. Es necesario que estemos dispuestos a mejorar nuestros hábitos y métodos para alcanzar mejores resultados. La mensajera del Señor dice: "*La persona lenta y que trabaja con desventajas, debiera darse cuenta de que esas son faltas que deben corregirse. Necesita ejercitar su mente haciendo planes referentes a cómo usar su tiempo para alcanzar los mejores resultados. Con tacto y método, algunos realizarán tanto trabajo en*

cinco horas como otros en diez.” P.V.G.M. 279. La parábola de los talentos es ilustrativa en este sentido. Dios ha otorgado a todos los hombres talentos de acuerdo con las capacidades. A unos más y a otros menos; pero desea que de acuerdo con lo que hemos recibido, podamos multiplicar esos dones y capacidades para beneficio de su causa y de los demás. Al final el pedirá cuentas de los dones recibidos y a Él tendremos que entregar los resultados. El apóstol Pablo nos recuerda que cada uno puede utilizar en el servicio a Dios el material que quiera para la edificación. El de mejor calidad o el barato, pero al final el fuego lo probará: “...y si sobre este fundamento alguno edificare Oro, Plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno será manifiesta; porque el día la declarará...el fuego la probará” (1ª Cor. 3:12). Cambiar no es algo que se nos da de forma natural; de hecho, generalmente la mayoría de las personas especialmente los adultos nos resistimos a cambiar, a aprender a hacer las cosas de manera diferente. La respuesta natural es: “Siempre lo hemos hecho así” (aunque nos haya dado pobres resultados). Algunos cristianos en general se resisten a los métodos nuevos aun cuando se nos ha dicho que el evangelio debe ser presentado con una envoltura nueva. Es el mismo contenido, pero con una envoltura diferente. Sé que cuesta trabajo, pero vale la pena esforzarnos, aprender y mejorar nuestra forma de trabajar para lograr mejores resultados para la causa de Dios.

3.- La causa de Dios y sus instituciones requieren metas y objetivos verdaderamente grandes. Las empresas de prestigio buscan siempre la superación y la excelencia; por eso se mantienen en la preferencia de sus consumidores. La causa de Dios y sus instituciones también requieren de metas elevadas. No solo pensar en grande sino hacer cosas verdaderamente significativas. es triste reconocer que los hijos de las tinieblas cada vez se esfuerzan por hacer las cosas malas mejor (es decir, más malas), en cambio nosotros, nos alegramos con tan pobres resultados y cosas pequeñas. La siguiente declaración de Martin Luther King me sacudió en extremo: “Puede ser que la mayor tragedia de este siglo no sea el ruido ensordecedor de los hijos de las tinieblas, sino el silencio indiferente de los hijos de la luz”. En verdad, a veces nos quedamos en silencio y en quietud cuando debiéramos esforzarnos por intentar y hacer cosas grandes para Dios. El libro Ministerio de Curación en la pág. 398 dice que: “Muchos logran poco porque a poco aspiran.” ¿No les parece queridos hermanos que debemos intentar hacer cosas grandes para Dios? Debemos establecernos metas verdaderamente grandes.

4.- La causa de Dios y sus instituciones requieren que todos los participantes reconozcan que lo verdaderamente importante no somos nosotros sino la causa de Dios. El peligro del protagonismo personal está latente a cada momento y eso a veces a hecho entorpecer el progreso. ¡Qué bueno es pensar que nosotros sólo somos colaboradores! “Porque nosotros somos colaboradores de Dios...” (1ª Cor. 3:9). Somos instrumentos en las manos de Dios, no somos el centro del universo ni lo que debe ser admirado y reconocido; sino que las personas deben ser llevadas a mirar a Jesús y seguirlo a él. También, nuestros intereses y beneficios deben ser subyugados ante los intereses y beneficios de la causa de Dios y sus instituciones. Predicadores, cantantes, líderes, médicos, maestros, músicos, administradores y todo otro don otorgado por el cielo es para beneficio de la iglesia y para la gloria de Dios. En este sentido la Palabra de Dios nos recuerda: “No que seamos competentes por nosotros mismos...sino que nuestra competencia viene de Dios” 2ª Cor. 3:5. De inmediato el apóstol Pablo nos ubica a todos los participantes en la causa de Dios en el sentido de que toda capacidad la hemos recibido de Dios, por lo tanto, no hay de qué gloriarse. Por eso Elena G. White nos dice: “Haya más dependencia de la eficiencia del Espíritu Santo, y mucha menos dependencia de la capacidad humana.” *Testimonios para los Ministros*, p. 217.

Estos fueron los valientes

Una historia del rincón de los pioneros:

En la galería de los pioneros adventistas, Jaime White ocupa un lugar sobresaliente. No porque fue el esposo de Elena G. White, sino porque realmente es un ejemplo de dedicación por la causa de Dios y sus instituciones; de hecho, es conocido como el padre de las instituciones adventistas. Gracias a su liderazgo y esfuerzo se estableció la primera imprenta adventista, el primer colegio adventista, la primera casa publicadora y la primera organización de iglesia.

Jaime White nació el 4 de agosto de 1821 en Palmira, Maine. Desde joven manifestó inclinación por una vida cristiana consagrada. Escuchó y aceptó los puntos de vista de Guillermo Miller con respecto a la segunda venida de Cristo.

Nunca el adventismo ha conocido un dirigente tan talentoso y capaz como Jaime White. Fue un poderoso evangelista público y un administrador efectivo. La palabra: "*primero*", se aplica a Jaime White como a ningún otro de los dirigentes adventistas. Fue el fundador del primer periódico adventista editado por los adventistas del séptimo día. Fue el primer editor de la *Review and Herald* en 1850. Pudo haber sido el primer presidente de la Conferencia General cuando ésta fue organizada en 1863, a no ser por el hecho de que él se negó ante el honor que le conferían los hermanos. La razón, no quería que se pensara que esa era la causa de su dedicada entrega por la obra de Dios y su marcada defensa por la organización de la iglesia. Más adelante llegó a ser presidente de la Conferencia General por tres periodos diferentes, de 1865 a 1867; de 1868 a 1871 y de 1874 a 1880.



"Debo decir, queridos hermanos, que espero que decidamos qué nombre vamos a tener, cómo queremos ser llamados. Yo me encuentro muy a menudo con amigos que me preguntan el nombre de nuestro pueblo; y me resulta muy embarazoso no poder darles ninguno. Ponemos nombres a nuestros hijos cuando tienen pocas semanas o pocos meses de edad. Al empezar a trabajar en esta obra, cuando la causa era joven y los individuos que la habían abrazado eran pocos, no veíamos la necesidad de tomar este paso. Pero me parece que el niño ahora está tan crecido que resulta excesivamente embarazoso no tener un nombre para él" (*Review and Herald*, 16 de octubre de 1860, p. 170). Así habló el pastor White el domingo 30 de septiembre de 1860, por la mañana en una de las conferencias más significativas realizadas en la historia de la iglesia adventista del séptimo día. Finalmente, los hermanos reunidos decidieron por el nombre de Adventistas del Séptimo Día para el movimiento que había comenzado 16 años atrás.

Todo esto fue necesario debido al incremento en las propiedades que fueron adquiriendo. Los primeros años del movimiento eran apenas unos pocos de centenares y no tenían ninguna Institución o propiedad, pero en la década de 1850 adquirieron una casa editora por el liderazgo de Jaime White y el número de los creyentes involucrados había aumentado a más de tres mil.

La primera institución adventista fue la Casa Editora, de donde se producían revistas y periódicos con el mensaje adventista. Esta imprenta era propiedad legal de Jaime White. Por su propia iniciativa en 1855 la imprenta pasó a depender de una comisión de publicaciones. Más tarde, Jaime White les recordó a los hermanos que, aunque la propiedad siempre la había considerado propiedad de la iglesia, legalmente él era el único propietario; y por lo tanto la urgencia de darle al movimiento personalidad jurídica era imperativa para poder poseer legalmente los inmuebles. Fue así que la iglesia primero adquirió su nombre en 1860 y luego, en 1863 fue organizada como una Iglesia formal.

El pastor Jaime White estuvo íntimamente relacionado con todos estos acontecimientos. Fue uno de los principales defensores y promotores de la organización. No solo de la iglesia como tal sino de las primeras instituciones educativas y de salud. Él sabía perfectamente que a fin de mantener orden, control, disciplina y armonía era necesaria una adecuada organización. Él sabía que los inmuebles ocupaban una parte significativa en el cumplimiento de la misión. Sabía que esos edificios no solo eran piedra y madera, sino que serían escenarios en los cuales muchas personas encontrarían el camino de la salvación. Y es que así fue. Tanto el Colegio de Battle Creek, como la Casa publicadora y el Sanatorio, fueron esos los ambientes y espacios en los que el Espíritu de Dios preparó a grandes hombres y mujeres para el servicio al que los llamó. Fueron esos lugares en donde muchos encontraron el camino de la salvación y la senda de su recuperación física y espiritual.

Durante un tiempo de enfermedad de Jaime White las responsabilidades de la Casa Publicadora y el Instituto de Salud pasaron a manos de los hombres que carecían de experiencia empresarial adecuada. El resultado fue mala gestión y pérdidas. Cuando Jaime se recuperó, tomó de nuevo estas responsabilidades de una manera firme y dedicada, y con el tiempo estas instituciones prosperaron significativamente. Todo el mundo se regocijó. Pero pronto Jaime descubrió que no tenía los recursos físicos para mantener el ritmo de los crecientes intereses de la causa en su conjunto, y estas instituciones en particular. Durante 1871 se pudo ver a Jaime White tratando desesperadamente de encontrar el camino en la reconstrucción de una estructura que pudiera continuar con éxito sin su liderazgo directo (2BIO 312).

Al pasar los años, cuando la iglesia creció sorprendentemente y el trabajo era bastante agotador para ellos, Elena G. White aconsejó a su esposo que debían mudarse a vivir a un lugar más tranquilo, fuera de tanto desgaste físico y emocional como lo era Battle Creek, el centro y cuna del Adventismo. Ante esto, el pastor White comentó que le dolía tener que dejar a sus "hijas", refiriéndose a las instituciones que quedaban en Battle Creek, como eran el Colegio, la Casa Publicadora y el Sanatorio. Verdaderamente Jaime White había trabajado arduamente para el establecimiento de estas instituciones que fueron de gran bendición para el desarrollo de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Conclusión

¡Qué sería si todos tuviéramos este mismo espíritu de dedicación por la causa de Dios! Alabo a Dios por esos hermanos dedicados en el cuidado de las propiedades de la iglesia. Aquí mismo, que bueno es saber que los hermanos se preocupan y ocupan en la conservación de los edificios tanto física como legalmente. Todo esto ha costado realmente bastante. Otros en el pasado han invertido no solo económicamente sino físicamente mucho para ofrecernos un lugar en donde reunirnos, en donde estudien nuestros hijos o en donde las personas puedan encontrar salud física y espiritual. ¡Cuánto bien haríamos en considerar los esfuerzos pasados para unirnos en el cuidado y conservación de las propiedades de la iglesia!

¿Quién será el Jaime White en el presente? ¿Quién será ese apóstol que con su ejemplo nos lleve a sumar nuestros esfuerzos por mantener estas propiedades que tanto han costado en la forma adecuada para que cumplan su misión?

Queridos hermanos, quiera Dios que haya en nosotros este sentido de compromiso y responsabilidad, para que la escuela, el hospital, las oficinas y nuestros templos sean escenarios de la gracia divina y el camino de la salvación para muchos.

Si tienes una gratitud especial por las instituciones adventistas, te invito a expresar un fuerte amén.

Oremos.